


**Poemas
posthumanos**

José Antonio Mazzotti

José Antonio Mazzotti

POEMAS
POSTHUMANOS
[selección]

Grupo Editorial Gato Viejo
Lima, 2024, tercera edición

Murió mi eternidad y estoy velándola

César Vallejo

*Y va a morir en medio de nosotros,
en una noche en la que más padezca,
con sólo su destino por almohada,
de una muerte callada y extranjera*

Gabriela Mistral

*I have an habitual feeling of my real life having past,
and that I am leading a posthumous existence*

John Keats

Poema de la cuarentena / *Ars poeticae*

Arremolínense, mortales, tras el canto de los cuervos,
Preludio en que las fábricas no chillan, teléfono
Tendido como un perro al suelo y sus dientes
Que no crujen por un hueso los oídos, escarbando
Cada pelo de minuto, cada pellejo de calma, cada
Dormir en la mañana hasta muy tarde.

Arremolínense

En ese susurro de las hojas como tigres
En jaulas pero hambrientos, ronroneando en suspiros
La selva fraganciosa y sus flores de sangre, codornices
Que los adornan como luces navideñas, todo es fiesta
De disfraces: las nubes nos conversan, el arroyo
Revienta en mil diamantes, las abejas
Zumban como el primer día
De la creación.

A disfrutar, pues, pajarillos, lo que dure
De los bofes, el pie sobre el gazzate, nuestra pobre
Saison en enfer.

Vámonos a vivir lo no vivido.

Vámonos, poema, a fecundar tu poema.

Quisiera hoy ser feliz de buena gana...

Quisiera hoy ser feliz de buena gana, como César,
Pero se hinchan los pulmones en dos velas
De humo, y el tajo en el lomo eleva
En cada pelo un fósforo, y la sombra
Muerde los pies y florece en grilletes, ebrios
Se arrastran por la tierra negra, dibujando su voluta,
su reptil
Gas de mostaza que lo invade todo.

Aire somos, mas con busto
De mármol polvoroso, caminantes estatuas
que transitan
Sin origen, olvidados
De los astros y su música serena.

Flotamos en los supermercados, deslizamos
La baba por barandas de aluminio, imaginando
El futuro, como piedra demolida, una brevísima broma
Del viento que arma casas y familias en el juego poco
antes
Del lonche. Y cuando el silbato materno nos deshace
Por un instante nos creemos reales, y la casa cobalto
es entonces
El mundo, el bosque oliendo a pino, el lago sonriente
en un idioma añil,
Todos los pájaros del cielo amontonados en la rama
Frente a la ventana.

Quisiera hoy ser feliz de buena gana, pero
Los reflectores son muy fuertes,
Los gemidos de los koalas escrachan la trompa,
Esa casita de roble se derrumba
Al capricho del viento.

Allí la piel se teje como pétalos de oro

Vivir en el instante lo que se sabe que se va a perder
No lo hace menos descompuesto. Se introdujo
en el estallido

De la belleza altiva, dos organismos frotándose a la luz
Del bosque y su murmullo estentóreo.

Mirarlos de frente

En el espejo es urticante y no hay remedio; sus uñas

Rasgan los intestinos, sus molares

Mastican filigranas de células madre, todo es elocuente

En el silencio de la tarde amoratada.

Vivir, sin embargo, en el instante es la ceguera feliz,
volver

A la redonda habitación donde los pájaros sí entran
y el banano

Extiende sus falanges ofreciendo su fragancia.

Allí la piel se teje como pétalos de oro, allí,
Muerta inmortal, allí.

Madre, voy mañana a Santiago

Miro en el mapa la ubicación de tu casa
Y no me bajo del caballo, sus pezuñas
Carecen de alas, son pesadas, como son
Los aviones que no vuelan más,
Ahora que me remajo
En la cascada de tus trenzas blancas
Como una novia con sus velos en el mar.

¿Por qué aletean los fantasmas esta noche?
¿Por qué dan saltos como un cojo en un velorio?

El agua profunda se compone de pedazos
De botella, sonriente, desordena la sombra como
Un niño sus papeles, sus colores
Aúllan un arpón en carne abierta, bermellea
Su espalda con los surcos del óleo
Sobre el lienzo.

¿*Maypi kanki*, Galatea, glaciara que regabas
Los camotes como flores de vapor,
El olor de la alfalfa que nos saludaba con caricias
En la mejilla, con sus dedos verdes
Y su crepúsculo tardío
De pan grana, de té abril?

Has de estarte a la puerta pintando los celajes
Y ya no dirás nada, ni temblando, nada,

Salvo el crujido de las ramas ahogándose, las olas
Cruzadas de redes y heridas, como un revoltijo
De óxido y espuma, esputos reputados, róbalos
Tendidos en la playa como tablas hawayanas.

Canción del exilio

*Me trajeron a los trece, al esplendor
de las muchachas.
Acá me fui quedando: aprender otra lengua y dejar
Atrás a los amigos, riachuelos, las palabras.*

*Sé que tengo familia y que algún día
Me gustaría verlos.
Pero ya soy de aquí y difícilmente me acostumbraría
A otra vida.*

*(Julio Martínez Sánchez, asesinado en Los Ángeles
el 24 de octubre del 2018).*

Nadie deja su hogar porque le guste.
Nadie se escapa de la hoguera por error. Ahora
Que los cuervos han izado sus plumas, que las hienas
Se meten en los parques y devoran niños. Nadie
Quiere tener diez clavos estacados en las piernas.

Por eso, Julio, tus cabellos ondean como una bandera
Sedosa alumbrando la tarde, como una
Fragata al viento, marcas rumbos por tu pista
Clandestina, te esfuerzas como un gato conquistando
El licor de un lucero, la alegría de los desventurados.

Las hojas, manchas de sangre, se quemaron
en el tiempo.
Tú no sabías nada, solo aprendiste a rumiar el sabor
De la alacena derribada, las sartenes cristalinas,

los nahuales

Aullando en la mañana humosa, donde asoman
las pupilas
De cuerpos amontonados como juguetes de un dios
vidrioso.

Y esa alegría chamuscada como árboles cortados,
tatuaje
Que nunca podrás borrar, vuelve con intermitencias,
dobla
Sus campanas a la hora de la carrera, escapando
de los jaguares
Rubios y sus rugidos arrebólicos, pitadas en la noche
lumbre,
Sin culpa que cargar en los bolsillos, sin pecado
concebido.

Por eso te ahogaron, Julio, porque de tus ónix de ojos
Nace una luz que los espanta, la que aguda les recuerda
Su caída, como ocurre en cada jaula, en cada eslabón
De voces que disuelven tu perfil de montaña, de caoba
En los escollos de los acantilados.

Que todos los espíritus del valle
Agiten sus mandíbulas batientes.

Salutación virulenta

Bacterias, virus, gérmenes, parásitos
De arena y de maderos verdes, mástiles
De proa carcomida por la espuma
Radiante y los metales cayendo en los huesos
Como un ancla.

Los zombies de las 6 de la mañana, los hermosos
Cadáveres que empujan las bocinas se despiertan
En jaulas radioactivas, se perfuman
Como rehenes olvidados en el éter.

Salen a hacer sus compras, entran a sus guaridas
De cables y cápsulas de litio, a contemplarse
Hasta rotar la tierra una vez más. Bacterias,
Virus, gérmenes, parásitos, venid, os abro
Mis compuertas.

Que se lo coman todo y acabemos.

Un mapa de Lima

En el pulmón derecho, que parece
Un mapa de la América del Sur,
Ha crecido una planta solitaria
Justo en el centro oeste, en la planicie
Que corta con cristal la espuma sucia, recorre
Su barro como boa que se arroja del nevado
Robando rocas, troncos, las vaquitas infladas
Y piedras de plástico prendidas a las bolsas.
Esa pequeña flor carnívora se hunde en su salsa
Y ya no será nunca la ciudad de los jardines
Ni de la costa del musgo rutilante en la niebla.
Sus extrañas coronas fúngicas celebran
Cada año un nuevo centenario
Creyéndose invencibles.

La ciudad sin rostros

I. La peste

Invocaron al dios de los murciélagos, lamieron
Sus paredes cavernosas, no más altivas
Que la flor que en su fondo se ilumina
Con el remar de las olas silentes. En tiempos
De guerra su mirada examina los ventrículos
Vacíos. El aire se infla de aire, bomba cautiva
De un trueno tan callado que ensordece, los tranvías
Se deslizan como reptiles de niebla, sus chillidos
Se disuelven en gotas delicadas refrescando la tarde.
Una bocina de hielo se enciende de pronto. Empiezan
A morir con agujeros los recuerdos, a blanquearse la
Pared donde se escribe el nombre erguido, como un
Árbol de sombra radioactiva por los rayos
De un sol atormentado. Este descenso a los lagos
Del azogue es el tensiómetro indicando un vuelo
Rasero, una aguja muy fina que ralea el prado
Y ensarta las miradas como ágatas al horizonte.
El mundo es del color del fuego, con aromas de cuerpos
Reventando a solas. En el viento se dispersan sus
Cenizas, son el pago que a la tierra se rinde
Para calmar la asfixia de las calles grises.

Pero el horror se expande lento como un gas,
 enrosca
Sus dedos en los postes y en los automóviles, se ríe

Borrando los cuerpos, pone vigas en las cuevas
De los inmerecidos, iagrande los anillos que nos llevan
A la otra dimensión! Sufre de piedra citrina
Como un adolescente feo, inflado, con el poder
De un dios idiota. El gas, curiosamente, es más puro
Que el aire, pero huele a tormenta de nieve, a ola
Montañosa del día de Todos los Santos. Cunde
Por los gimnasios, los atolladeros, se derrama
Con furia de pájaro enjaulado, va raspando
Los zócalos de piedra con pentagramas de sulfuro.
El gas que hace temblar inunda las cámaras, destroza
Los nervios con navajas invisibles, es el orate
Que baila en las calles vacías como en una fiesta
Escolar. Y el púber torpe en el que las tristezas
Se agolpan y trazan extrañas cicatrices.

Van dejando mordeduras de cauterio
Hasta borrar las curvas de los rostros. Se enmascaran
De gasa, otras adquieren fauces de león
Para disimular el extravío. Las hay transparentes
Para ocultar el rictus sumergido en el estanque
Con peces moribundos y cuero de gamuza.
Pasean como espectros en la Noche de las Brujas
Para llegar hasta la luna amarillenta, miel de bilis
Por el tumor que chanca su conducto y no se
Desparrama. Con la paja de escobas raspan
La carne expuesta al aire por el araño
De un huracán de vidrio en cada sueño, un tifón
Que dura lo que duran las constelaciones.

Son las costras de barro que herrumbraron los
Surcos para el chorrillo refrescante, los guijarros
Que sembraron sus semillas soñolientas, elevándose:
Los días infinitos con cadáveres flotando por el río
Hacia la mar, que es el morir dos veces.

II. El muñoncito

Detrás de cada máscara se yergue un muñoncito
De bordes recorridos por arroyos de sangre, salpican
Sobre las piedras redondas, las mismas que muelen
Culantro en manojos para tragar los músculos
de bestias

Sin patas, ignorantes del aire de los bosques.
Gallinas y cerdos, la señora vaca, corderitos de Saúl
Desfilan por esas encías, son molidos en polvo
de tendones

Blanquirrojos. El muñoncito lo devora todo: hojas
y raíces

Y el agua de las nubes de los copos de nieve. Cuando le
Preguntan si el grana de sus labios es apenas
un recuerdo

O una leyenda su nácar aterciopelado, juguétón
Pez que sale de su cueva a respirar ambrosía,
se repliega,

Échase a andar como un resucitado, sin salir
de su carpa

Porque el viento le susurra cosas prohibidas, de viajeros
Que activan explosivos y acuchillan bofes,

Dejando al muñoncito huérfano de todo, de su miembro
En otro muñoncito cobijado de los rayos gamma.

¡Qué noche cósmica que envuelve al pequeño escualo
Sin culpa pero hinchado de océano, con tantas burbujas

Que decir y no tener aletas! Muñoncito que goza
del pecado

Solitario, hablando con espectros de dudosa fama.

Entonces la sonrisa se eleva a los faroles
Para decir que está ahí, aunque el gesto oculte del tajo
Al borde de las comisuras. Piensa el muñoncito en su
Futuro, tras la gasa, como un soldadito de plomo.

Respirar

Ese polvo es la condena, pues entra con el terror
de las noches

De los aparecidos, de las viejas insolentes, que hay que
chancar con matamoscas de lucero. El muñoncito

De noche, para evitar el silencio absoluto, ronca

Y olvida por un rato su cuerpo de muñoncito.

Sueña con la concavidad que forman dos cavernas

Húmedas, vestidas de alabastro y molusco, sueña

Con sentirse la parte menos dolorosa del cuerpo,

Ya no ser la maldita, la que hay que vestir más rápido

Que los genitales, para ver si nos dura menos

La expulsión del Paraíso, la confusión de los

Elementos que suben y bajan como el agua

Al aire; a la tierra, el fuego; al dolor, el desconsuelo.

Sueña con praderas de esmeralda como el burro

de Tablada, para finalmente espantar tábanos

en un terral sembrado de desechos mohosos.

En esa confusión renacen las formas

Que ordenan la juntura de los miembros rotos,

De las hemorragias repentinas, como un rayo

Sobre la misma nariz hendida. Se divierte el

Muñoncito imaginando las ondulaciones detrás
De cada gasa, como si las heridas fueran flores
Nacidas de un escaramujo negro. Se divierte
Mirando montajes fotográficos que le regresan
La juventud evaporada en un horno solitario,
Banderita izada que adoraba el hada del bosque
Como la vara que despierta a los unicornios
Y les cultiva alas para venir remontando
Con su beso de amor.

III. Bofes cortados

Pero el amor del muñoncito es impotente en estas
Circunstancias. Ya se metió el extraño que buscaba
Devorarlo todo. Son los heralditos negros

que nos manda

La noche, un ejército de minibites que pulula en las
Alfombras, en las pasarelas, en el puente que salta
De un muñoncito a otro. Sus banderas tienen
Dos huesos cruzados y una calavera, medio clavo
De olor (para no ser vistas) y una máquina
De cavar con un taladro de minúsculo diamante.
Al principio comentan que se le pierde el gusto
Al carpaccio, el aroma a los seres bellos, toda triste
Ilusión de encontrarse junto al río y caminar.
Pero ahora solo los espectros y su música de alas
Flotan, como carabelas portuguesas, impidiendo
La navegación. De a pocos las velas no se hinchan
Ni logra la Luna que se ericen los cabellos
Porque alguien con un dardo la detuvo sobre el
Terciopelo. Desciende la sangre su latido en un
Instante y la noche se pinta sepia, los espectros
Emergen de los cuerpos vivientes para flotar
Al fondo de los mares de sulfuro.

El ultramundo se abre como un loto. Voces
Se pierden en el eco de su sombra. A lo lejos
Gime su giba el jinete agitado, se marea
De los caminos que se borran en el humo

Dejando dos hogueras de hielo ante la vista.
El Hades tiene la presión muy baja, mucho sueño
Hasta perder el sentido. Y cuando se despierta
El músico de nuevo desciende por las escaleras
A ver si encuentra el rostro de su Eurídice, así sea
Magullado, el pelo reseco como rama de invierno,
Los cóncavos vacíos recorridos por diminutas arañas.
Pero ella vive en los brazos del demonio, tan malvado
Que solo puede serlo por saber del bien que la flauta
Del músico exhala en ese trance en la ambulancia.
Sus versos hasta las Furias conmueven, hablan en un
Idioma anterior al tiempo, es la luz que se filtra por
Las cavernas de ámbar, el aliento de Dios, al que es
Es imposible negarse. Y la larga sirena de carmín
Curva las calles del mejor anfiteatro.

Tienen los bofes nervaduras oxidadas, chillan
Con cada inhalación, los vidrios molidos se deslizan
Por la garganta, como una culebra luminosa, tensa
Y ancha en su circo macabro. Ese fulgor ilumina
El otro mundo y el poeta se cuele por los intersticios
Para buscarla. En el camino restaña las heridas
De los purulentos, refresca la sed con el tañido
De su último soplo. Y le conceden la gracia de mirar
A la picada que yace entre los dedos del gigante
Peludo. La serpiente es demasiado luminosa, tiene
Dos cabezas, con una se traga la testa del viajante,
Con la otra deshace los huesos de la agujereada,
Polvo de pájaros trinantes que perdieron el hilo

Por temor, alarido de niebla cortando el canto,
Sin él el músico comienza a correr, pero no logra
Moverse. Los potros de bárbaros atilas lanzan
Sus poleadoras y derrumban su velita. Todo
Vuelve al silencio original. Queden los vivos
Contando sus semanas, como pequeñas monedas
Que cuidan desconfiados en sus agujeros de piedra
Hasta que todo se ilumine en una gran hoguera.

Cuando ya todos nos hayamos muerto...

Cuando ya todos nos hayamos muerto
De piel deshidratada, de sudor picante,
De abrazos de pájaro extinguido
Como la selva, como los glaciares,
Lagunas de turquesa en que el delfín koshoshka
Dejaba su cocona a las muchachas tímidas,
Entonces
Cantaré con la voz de los espíritus del cerro,
Con el silbido de los eucaliptos, con el puma
Que palpa las palmeras con su pulpa de araña,
Cantaré con peces de espada y con tortugas de piedra,
Con los pliegues desterrados por el sol en la mañana,
Con el polvo de los astros penetrando las fosas nasales
Como un obelisco infinito.

Erífile me entierra sigilosa entre sus hojas
Y es hora de callar ante el mosquito.